

La Revelación Ha Sido Progresiva

La revelación de Dios ha sido gradual

En nuestros días presentes, la novedad de alguna teoría científica no afecta su divulgación; porque todos ahora reconocen la lentitud con la cual los secretos de la naturaleza han sido revelados al ser humano. Por ejemplo, la electricidad, aunque sea un descubrimiento moderno, ha sido un hecho desde la creación.

En una manera similar, la revelación de Dios ha sido gradual, culminando en aquella manifestación de su amor, que llegó por medio de su Hijo Jesucristo. La Biblia es la historia de esta revelación gradual. En los tiempos del Antiguo Testamento, el hombre vivía en la oscuridad espiritual, y los pensamientos que aquellos hombres salvaguardaban respecto al gran Creador ahora son vistos como imperfectos. Hasta los profetas y los salmistas aparentemente poseían solo un conocimiento rudimentario de las muchas verdades, que después fueron presentadas a plena luz del día por Jesús, y por sus apóstoles, y un ejemplo de esto está en el parte de la vida futura.

Nuestro Señor dijo a sus discípulos “[Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis; porque os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron.](#)” Cristo trajo vida e inmortalidad a luz (II Tim.1:10) y pronunció cosas que habían sido guardadas en secreto desde la fundación del mundo (Mat.13:35). Y el apóstol Pablo repetidamente habla de ciertas grandes verdades (las llama “[misterios](#)”), ahora claramente reveladas, pero antes escondidas, desconocidas desde el comienzo de la historia de la humanidad.

La comprensión humana de la Biblia es progresiva también.

Y no solo fue progresiva la revelación de Dios mismo (de la cual las Escrituras son una historia), sino que la comprensión humana de esa historia y la revelación, han sido gradual y progresiva también. Ninguna sola generación puede decir que haya instruido todo el contenido tan variado y complejo de la Biblia, o que haya comprendido plenamente su sentido. Las doctrinas teológicas son esfuerzos nuestros para armonizar y explicar los datos considerados en la Escritura, algo así como las teorías que escribimos, son nuestros esfuerzos para explicar los datos formidables del mundo de la naturaleza. Desgraciadamente, muchas veces los conceptos humanos de la ciencia y de la religión discrepan de la verdad.

Pocas doctrinas teológicas y pocas teorías científicas pueden ser aceptadas como absolutamente finales, porque en cualquier momento, nuevos descubrimientos ofrecen una mejor explicación de los datos. El amor por la verdad, entonces, demanda que las doctrinas teológicas, siendo que son mayormente inferencias no inspiradas tomadas de las declaraciones de la Escritura, deben siempre estar abiertas a la revisión y corrección. No debe sernos ilógico que al re-examinar nuestra doctrina de la Venida de Cristo (doctrina que hemos guardado por mucho tiempo) descubrir que tal doctrina esté carente de revisión o hasta de corrección radical (vea capítulo 8 de *The Christ Has Come*).

La equivocación del judío

Aunque existe una gran anticipación del cumplimiento de ciertas profecías (tan popular en nuestros días), esto no es siempre un indicio de que esas profecías todavía no se hayan cumplido. Por ejemplo, la expectación de la aparición del Segundo Elías era popular al comenzar el Nuevo Testamento, pero como era popularmente interpretada, la profecía era realmente una contrariedad. La autoridad divina (Jesús) descubrió que Juan era ese Elías (Mat.11:10,14; 17:12; Luc.7:27), pero los contemporáneos de Juan y Jesús no reconocieron esta verdad “no le conocieron, sino que hicieron con él todo lo que quisieron” (Mat.17:12). Y nuestro Señor, cuando sufrió y murió por pecados que no eran los suyos, no cumplió las anticipaciones de sus compatriotas, entre los cuales había personas cultas e incultas. Y los judíos, en ese tiempo y en cada edad subsiguiente, han estado terriblemente equivocados en cuanto a la venida del Mesías, pensando que es un evento todavía no realizado y, para ellos, se queda sin lugar a dudas, todavía en el futuro. “Y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos” (II Cor.3:15).

La equivocación de los cristianos hoy día, es similar a la del judío

También en una manera muy similar a los judíos, un mal concepto ha prevalecido dentro de la Iglesia Cristiana en cuanto a la *Segunda Venida* del Mesías; un velo que ha ocultado los corazones de los hombres cuando se lee el Nuevo Testamento, que les ha motivado a pensar que este evento todavía no se realiza, y para ellos, sin la menor duda, queda también en el futuro.

Las siguientes páginas constituyen una atención a la clara enseñanza de Jesús y de sus apóstoles inspirados. El resultado de esta petición, aunque desagradable para algunos, descubrirá que la Segunda Venida de nuestro Señor no está en nuestro futuro sino que ya pasó; este hecho es desconocido para el mundo en general y contrario a las ideas populares. Cristo retornó a la tierra inmediatamente después de la destrucción de Jerusalén en 70 dC, y fue visto, no solo en Palestina, sino en una sucesión rápida por todo el mundo (Mat.3:2; 4:17; 10:7), por todos los que habían recibido la capacidad necesaria para percibir su cuerpo resucitado y también para percibir el mundo espiritual. Como Rey de los Judíos, entonces juzgó a esa nación que le había rechazado y asesinado y quienes habían perseguido cruelmente a sus seguidores inocentes. Luego regresó a su hogar celestial llevándose consigo a sus discípulos que habían anticipado su retorno y fueron hallados viviendo vidas consagradas y santas. Este “rpto” o “traslado” de sus espíritus no incluía el milagro físico del traslado de sus cuerpos también, sino que los cuerpos fueron dejados atrás muertos. En este mismo periodo la resurrección tomó lugar, la gente más noble que ya había dejado la tierra, habían antes pasado al estado intermedio, y luego en la Venida de Cristo pasaron al Cielo con él.

El Judío juzgado primero, luego el gentil

Si estos eventos pasaron, entonces la dispensación mosaica que fue introducida entre los truenos del Sinaí, concluyó en otra escena aún más solemne; el juicio de la raza humana, en vez de venir en una sola gran formación al final de todas las cosas, ha sido dividida en por lo menos dos partes; y que el antiguo pueblo de Dios, la nación judía, siendo pronta para el

juicio ya desde hace 1800 años, fue juzgada antes del resto del mundo, de acuerdo con la enseñanza del apóstol Pablo de que la recompensa vendría a los judíos primeramente y después al griego (Rom.2:9,10). Sabemos por Mat.24 que la aparición visible de nuestro Señor fue restringida a un solo lugar. No había necesidad, en ese tiempo, que alguien viajara a alguna otra localidad, para poder verlo, porque él mismo declaró que el antiguo pueblo de Dios, la nación judía, estaba presta juzgada, antes que el resto del mundo, fueron juzgados primero, de acuerdo con la enseñanza del apóstol Pablo que la recompensa vendría a ellos primeramente y después a los gentiles (Rom.2:9,10). “[el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre](#)” (vs.27), antes de que pasara aquella generación (vs.34).

También sigue que el Reino de Dios predicho por los profetas y salmistas, y declarado desde hace 1800 años, públicamente por Juan el Bautista, Jesús y los apóstoles como “cerca”, fue establecido en el Cielo sobre la tierra en 70 d.C, el diablo siendo en ese entonces atado y sin permiso para continuar como “el príncipe de este mundo”. Por eso, es de importancia esforzarnos para obtener un concepto claro y escritural del sentido de la frase “el Reino de Dios” (Hch.1:3).

El Reino de Dios

Para empezar, hay que recordar que la nación judía era, de principio a fin, una teocracia. Es cierto que en respuesta al deseo del pueblo, fueron establecidos reyes como Saúl y David y sus sucesores. Pero Jehová mismo todavía era su rey efectivo y aquellos gobernadores humanos eran solamente sus representantes, reinaron como virreyes, en su nombre. Pero la mayoría de los soberanos judíos e israelitas demostraron ser representantes inútiles del monarca divino. Perdieron de vista sus responsabilidades solemnes; ejercían sus poderes cruelmente; llevaron al pueblo a todo tipo de idolatría y maldad. Este estado deplorable, no iba a continuar para siempre.

Las escrituras de los salmistas y profetas abundan en predicciones de que algún día un hijo nacería en la familia de David, quien demostraría ser el gobernante ideal, y como un representante perfecto del Rey divino e invisible, reinaría en justicia sobre toda la raza humana. Y, para los judíos, la exaltación del Mesías sobre el mundo, incluía la idea de su propia exaltación como nación elegida. En vez de estar simplemente sujetos y ser ciudadanos en el Reino de Dios, ellos creían que en virtud de su descendencia, iban a compartir el trono junto con el Ungido y formar parte de su corte como aristocracia. Pero cuando Juan el Bautista apareció proclamando que el tan esperado Reino estaba en un futuro cercano, las cualidades que anunció como esenciales para la admisión a ese Reino, resultaron humillantes para el orgullo nacional judío. Tener la sangre de Abraham corriendo en sus venas no les valía de nada para gozar de los privilegios gloriosos. El bautismo externo en el agua que Juan administraba apuntaba e indicaba la absoluta necesidad de un lavamiento interior y espiritual. Solo el penitente, no el orgulloso, fue perdonado, y la persona limpia era la única que podría esperar ser asociada con el Mesías en su exaltación sobre la raza humana, o para compartir su gloria en su Reino.

La herencia del creyente

Este punto de vista provee la llave para una gran variedad de pasajes de la Escritura y nos hace ver más claramente la declaración de Pablo (II Tim.2:20) que, “**en una casa grande, no solamente hay utensilios de oro y de plata, sino también de madera y de barro; y unos son para usos honrosos, y otros para usos viles**”. El evangelio del Reino es un manifiesto, como el lema de nuestras oraciones y que nuestros esfuerzos son algo más que la salvación, o el perdón, o la liberación del pecado. En la guerra cristiana hay un “galardón” (I Cor. 9:24; Fil.3:14) y una “corona” (Apoc.2:10; II Ped.5:4; Stg.1:12) que podemos ganar o perder.

Muchas y enfáticas son las declaraciones de la Escritura que incluyen la conclusión que los creyentes verdaderamente consagrados, no solo ocuparán la posición de un sujeto o ciudadano en el Reino del Cielo. Habiendo sido hechos uno con Jesucristo en el conflicto con la maldad aquí en la tierra, y habiendo muerto con él en relación al mundo a toda manera de pecado, ellos seguramente serían hechos uno con él en su Reino y tomarían parte en su gloriosa exaltación sobre la raza humana. Dios estableció a su Hijo como el heredero de todas las cosas (Heb.1:2) y prometió darle a él las naciones como su herencia y las partes más lejanas de la tierra por su posesión (Sal.2:8). Pero si es verdad también que, en el sentido más alto posible, somos hijos de Dios, entonces somos co-herederos con Cristo (Rom.8:7), porque él que “**el que venciere heredará todas las cosas**” (Apoc.21:7). Si sufrimos con él, entonces reinaremos también con él (II Tim.2:12). El siervo fiel y diligente es colocado en una posición de influencia sobre los habitantes de diez o cinco ciudades (Luc.19:17) y le es dada autoridad sobre naciones (Apoc.2:26), siendo que está puesto en una posición sobre todo lo que el Salvador mismo tiene (Luc.12:44).

Es cierto que en el Reino del Cielo la soberanía pertenece no solo al Señor Jesús, sino también a su pueblo; porque como resultado de estar asociados tan de cerca con su Maestro en la tentación y la prueba, él ha establecido a los apóstoles (Luc.22:29; Jn.17:22) y a todos los creyentes de primera fila, un reino en el mismo sentido que Dios ha establecido un Reino para él. En su amor el Padre nos llama a compartir su propio Reino y gloria (I Tes.2:12). Fue predicho que “**Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre**” (Dan.7:18). Dijo Jesús “**Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono**” (Apoc.3:21).
